

Azorín y La Mancha



La llamada «Generación del 98» tiene el denominador común de su amor a España. Unas veces, sus hombres, se hunden en la caricia de su paisaje y el calor de sus pueblos con la alegría del adolescente que se sumerge en la transparencia de las aguas de un lago; otras, buscan en el poco explorado contenido de sus gestas la justificación segura de su misión histórica; reviven con filial unción, en otras ocasiones, las grandes figuras de su literatura, del arte, de la política, de la filosofía y de las ciencias, destacando, entre los caracteres de su personalidad aquéllos que pueden servir de ejemplo para sí mismos y para las sucesivas generaciones; se inquietan por los problemas de sus gentes humildes y tratan de hallarles soluciones con acentos de justicia o humanidad; quiebran las lanzas de sus pinceles, cinceles y buriles para enaltecer la figura de su patria e intentar elevar su nombre y gloria sobre los de los países que consideran superiores; padecen íntimamente las adversidades con que el destino histórico ha obstaculizado su desenvolvimiento, y tratan de estimular el sentir de la generación que encabeza para acelerar junto a ella el curso retrasado de nuestra historia y poder alcanzar el grado de civilización de los que nos preceden desde principios de siglo.

Uno de los hombres de esa generación, cuya modestia, laboriosidad, honestidad literaria y amor por las gentes y cosas de España destacan con más grato recuerdo, es José Martínez Ruiz, cuyo seudónimo «Azorín» sugiere ya otras significaciones biográficas positivas.

Ortega y Gasset definió su estilo y obras literarias como «primores de lo vulgar», y parece adecuada la definición si la examinamos afectuosamente porque «primor» viene a ser toda obra humana realizada con amor, y lo «vulgar» no es otra cosa que lo cotidiano, lo habitual, todo aquello que, a fuerza de ser consuetudinario y consustancial a nuestra vida, se confunde con ella, y «vulgo» es la «gente», es decir, todos nosotros. Es así que Azorín ama con la máxima ternura todo lo que con-

templa y escribe. Es un amigo de todos, es el hombre —el maestro— que desde nuestros años juveniles nos tomó de la mano para guiarnos a través de la geografía y la historia de España, mostrándonos la realidad, desde su perspectiva de amabilidad, poniendo su nota de ética a lo amargo, su estética a lo deleznable, su utilidad sentimental a lo intrascendente, su importancia a lo efímero y su gloria a lo humilde.

En el amplio panorama de su preocupación poética —pues poesía proficada es en el fondo también su literatura— Azorín tiene sus zonas geográficas de especial dedicación, sus temas preferentes, sus juicios predilectos que trascienden y caracterizan su obra a la hora de su valoración. Dentro del territorio español se ha preocupado preferentemente de su tierra natal —Alicante (Monóvar)—, Castilla y La Mancha; dentro de su temática han destacado los pueblos seculares y edificios y hogares sahumados de tradiciones familiares, de austeridad y autenticidad, las costumbres autóctonas en su más variada gama de manifestaciones, los tiempos humanos de trazos vigorosos de acrisolada raigambre hispánica, que simbolizan Don Quijote y Sancho, y el paisaje, que para Azorín somos nosotros mismos: «es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos.»

Para convencernos de ello elabora su libro «El paisaje de España visto por los españoles» y en él nos habla de la «Galicia» de Rosalía de Castro, de «El Bierzo» descrito por Enrique Gil, de «Vasconia» vista por Pío Baroja, de «Asturias» en la versión de Clarín, «Córdoba» de Valera, «Valencia» de Blasco Ibáñez, «Mallorca» de Rubén Darío...; y cambiando la perspectiva, sostiene que los grandes artistas ponen su ambiente personal en el paisaje: «Villanueva de los Infantes es Quevedo» —dice—, «Esquivias es Cervantes».

Por supuesto Azorín ama su tierra —Alicante—, pero su obra tiende a ocuparse más de Castilla y de La Mancha, y en cuanto a esta última muestra una especial cordialidad:

cuando no le dedica un artículo suele dedicarle un recuerdo afectuoso. Aparte del libro ya citado, recordemos sus libros específicamente castellanos y manchegos tales como «Castilla», «Lecturas españolas», «Los pueblos», «Blanco en Azul», «Antonio Azorín», «La ruta de Don Quijote», «Con Cervantes», «Con permiso de los cervantistas»...

No sabemos si Azorín, de la mano de Cervantes fue, durante muchos años, caballero andante de La Mancha, o si, por La Mancha, de la mano de Don Quijote, llegó a amar a Cervantes. Angel Cruz Rueda, en un breve epílogo al último libro citado dice que Azorín ha sentido siempre devoción por la vida y la obra de Cervantes: desde el primer folleto que publicó en 1893, hasta el último que se dio al público. Pero se preocupó también, y muy principalmente, del auténtico español que latía en la vida del genio de nuestra novela y de España misma, como objeto de los desvelos cervantinos y como valor de superior jerarquía a la de cualquiera de los españoles. En «Complutense», se irrita Azorín por la disputa entre complutenses y alcazareños en cuanto al lugar de nacimiento de Cervantes y concluye diciendo: «El caballero de la Triste Figura es de toda España, y su caballeridad es modelo para todos los españoles»; y en «Biografía comentada» vuelve a tocar el punto del nacimiento de Cervantes con el mismo patriotismo: «¿Nos da lo mismo —se pregunta— que Cervantes nazca en Sevilla que en Alcalá de Henares? ¿Nos da lo mismo —se contesta resueltamente—: Cervantes pudo haber nacido en Sevilla, o en Madrid, o en Córdoba, o en Lucena, o en Toledo, o en Consuegra, o en Esquivias, o en Alcázar de San Juan; lo importante es que haya nacido en España.»

Pero sin merma de este españolismo, al que van a confluír todos sus trabajos, cualquiera que sea el lugar de su inspiración, Azorín siente a La Mancha en toda su bella y dura realidad, en sus paisajes, sus pueblos, sus hombres, sus costumbres, su silencio, sus dolores, su paz. Su literatura manchega es una constante lección del arte de escribir. El nos ha di-